



Las frutas como referente del habla coloquial de Puerto Rico[*]

Rosario Núñez de Ortega

Dra. Carmen Albino, miembro de la Junta de Síndicos de la Universidad de Puerto Rico. Prof. Tomas Flores, representante del presidente de la Universidad de Puerto Rico; Lic. Rafael Rivera Lehman, rector del Colegio Universitario de Cayey; señor D. Miguel Tapia, Vicepresidente de Ediciones Santillana de Puerto Rico; señores decanos, señores Directores de Departamentos, compañeros profesores, estudiantes, amigos: Agradezco a mis colegas del Departamento de Estudios Hispánicos y al Senado Académico del Colegio, mi designación para esta actividad con la que se inicia el año académico 1999-2000, coincidiendo con el trigésimo segundo aniversario de esta institución. Les confieso que he aceptado tan alta distinción, casi sobrecogida, no porque la merezca, sino porque me he formado con el convencimiento de que los honores nunca se rechazan.

En las postrimerías del siglo XX, ya a las puertas del nuevo milenio, el español mantiene su arrolladora pujanza y se ha convertido en la lengua de más de 400 millones de seres humanos. Decía Albert Camus que “el idioma es nuestra patria”. La nuestra es, entonces, una patria culta y fuerte, hermosa y ancha, que abarca varios continentes, agrupa veintiún países y mezcla todos los colores de la piel. ¿Y el futuro? El futuro se proyecta espléndido: las estadísticas aseguran que dentro de pocos años, esta lengua con la que pensamos y nos expresamos será la de mayor dimensión geográfica y humana entre todas las occidentales. Su presencia literaria, cada vez más reconocida y admirada, está avalada por diez premios Nobel de Literatura, cinco españoles y cinco hispano-americanos. Y en un país como los Estados Unidos de América, veiticinco millones de hispanohablantes constituyen un núcleo sociocultural cuyo protagonismo va en aumento.

Transcurridos más de quinientos años desde que llegara a nuestras playas con las carabelas de Colón, la lengua española continúa marcada por el signo de la permanencia y la unidad, como lo auguraba Elio Antonio de Nebrija en su Gramática de la lengua castellana Gramática del siglo XV: que muchos siglos, injuria y tiempo no la podrán romper ni desatar. Pero simultáneo a esta sólida homogeneidad de la lengua general, se da también un proceso de dialectalización que dota a los pueblos de personalidad lingüística. El fino equilibrio entre lo que nos une y lo que nos diferencia permite la comunicación entre los hablantes de diversas latitudes: de España a América, del Río Grande hasta la Patagonia, hablamos español sí, pero cada país con la gracia y la singularidad que lo hacen distinto y único.

Hoy, la vivacancera de los americanismos va abriéndose paso en las sucesivas ediciones del diccionario académico. Se cumple así lo que postulaba Unamuno, el sabio rector salmantino, hace más de seis décadas: cada uno ha de formarse, reformarse y transformarse su propio dialecto individual y regional, su propio idioma dentro del idioma común, y enriqueciéndose de él y enriquecerlo enriqueciéndose. Y es el léxico el ámbito lingüístico donde con mayor abundancia se da esa diversificación. Allí, en las reconditeces de las hablas regionales, los dichos, los modismos y las frases hechas caracterizan y definen, generación tras generación, el decir popular de las naciones.

Entre los abundantes localismos americanos admitidos por las Academias, los puertorriqueños cuentan con una apreciable aportación. Ya aparecen registrados vocablos que forman el núcleo semántico de giros tan nuestros como ser un maceta, echar un fufú, volar chiringas o ser el cheche. Y es que aquí, señores, hay dichos para todo y para todos. Unos, rurales y añejos, como caerse del coy y tener la mancha de plátano. Otros más recientes y de factura ostensiblemente urbana, como comerse un cable y

ser de la losa. Algunos, como ribetes de picaresca estudiantil, como pasar raspa cum laude y talar un examen. Los hay procaces, como arroz, que carne hay y hacer un cerebro. Y también de visible corte religioso, como sálvala, divina pastora y encontrarse con el cura de su pueblo. Y así, ad infinitum.

En el acopio de la riquísima fraseología coloquial de Puerto Rico, una parcela que siempre me pareció atractiva la constituye el campo semántico de las frutas. Porque las frutas han sido una presencia constante, no solo en la experiencia cotidiana del boricua, sino también como referentes en esa expresión del alma colectiva que son los dichos.

Así lo percibió Luis Llorens Torres, cuando capturó en sensuales sinestesias una frutal visión de la Isla:

San Juan sabe a coco de agua.
Humacao, a corazón.
Ponce, a níspero y quenepa.
Mayagüez, sabe a mangó.

Para esta ocasión, he trabajado una separata de un proyecto de mayor envergadura, realizado en colaboración con mi amiga y compañera de tantos años, la doctora Isabel Delgado de Laborde. No hay pretensión de agotar el inventario de dichos puertorriqueños relacionados con las frutas. Las selecciones se basan en la mayor frecuencia de uso por los hablantes y también en la originalidad y el ingenio de la expresión. La heterogeneidad de los significados me ha forzado a establecer una única categorización en el corpus: el orden alfabético. Aunque se recogen cuarenta dichos referidos a veinte diferentes frutas solamente comentaré los más sugestivos.

La voz antillana caimito, nombre de una fruta de forma redonda como la china y de color morado intenso, cuya pulpa es blanda, de consistencia

viscosa y de jugo lechoso. Esta última característica dio pie a que la ingeniosa malicia pueblerina creara el dicho “morir como el caimito”, para indicar la penosa situación del que permanece virgen, o en prolongado estado de continencia sexual, sin los desahogos propios de la virilidad.

Originaria de la India, pero de nombre híbrido, latino y árabe, la caña de azúcar fue, por muchos años, el centro de la actividad agrícola y económica de la Isla. Es un referente, casi desconocido por las generaciones más jóvenes, que origina varios dichos: “meter caña”, que para algunos significa empezar a trabajar, atacar un problema. Para otros, es molestar, fastidiar. “Tumbando caña” alude a la acción de alguien que llega arrasando o, para decirlo con otro dicho, “quedándose con el canto”. “Estar como la caña en febrero” según Gabriel Vicente Maura, alude a que algo (particularmente una mujer), está a punto, en su mejor momento. Como se sabe, enero y febrero son los meses de la zafra, porque la caña está en plena sazón. La analogía, de clara connotación sexual, se interrumpe con una reticencia u omisión de la segunda parte, que resulta impronunciable, pero que los hablantes de mayor edad conocen muy bien y emplean frecuentemente.

El uso de la voz ‘china’, cuando se refiere al fruto cítrico, es exclusivo de Puerto Rico. Se trata de una forma apocopada de naranja china o de la China, ya que procede de ese país. Son numerosos los dichos que tienen como eje la china. Algunos de ellos: “estar más mondao que una china”, que describe al que se ríe a plenitud, enseñando hasta las muelas de atrás. “Chúpate esa en lo que te mondo la otra”, alude literalmente a la costumbre, tan extendida en América y desconocida en Europa, de comer las chinas chupándoselas por un extremo, después de mondadas. Lo que queda, el bagazo, es lo que comúnmente se conoce entre nosotros como “chupón” o “chupa de china”. El dicho revela una

actitud desafiante en el que lo emplea, con el mensaje de “aguanta esta en lo que te viene la próxima”. “Cambiar chinas por botellas” es una expresión que denuncia la pérdida sufrida por alguien cuando realiza un cambio desfavorable. Sin embargo, se le atribuye un origen mucho más inocuo. El doctor Francisco Rivera-Lizardi dice en su libro Los pregones de Caguas que existía un pregón con el que el vendedor anunciaba que daba una china a cambio de una botella vacía. Más tarde, vendía todas las botellas en una fábrica en Cataño. El chinero hacía un buen negocio y la gente se deshacía de algo sin valor, a cambio de la jugosa fruta. Poner a alguien como “chupa de china” (insultar al máximo), es un claro caso de etimología popular, ya que procede del dicho del español general, “poner a alguien como chupa de dómine”, en el que “chupa” se refiere a la sotana descolorida que llevaban los dómynes o preceptores de latín (imagen que nos remite forzosamente al célebre Dómine Cabra, del Buscón de Quevedo). Pero como aquí el único significado conocido para “chupa” es el de la china, el uso se ajustó a nuestro gusto y conocimiento.

Aunque autóctono de América, el coco recibe su nombre del portugués, según Corominas, por el parecido de la cáscara y sus tres agujeros, cuando está seco, con la cabeza de un “coco” [cuco] o fantasma infantil. Del coco proceden “eso no es cáscara de coco”, para señalar lo que amenaza ser difícil, costoso o cuesta arriba. Y “tener un coco con alguien”, con el significado de sentir intensa atracción hacia una persona. También, “estar como coco” pregona una óptima condición física o de salud. “Pedir cocos a la guácima”, con referentes locales, es el equivalente jíbaro de la frase del habla general “pedir peras al olmo”. “A mí plin y a la madama dulce de coco”, menciona al personaje un tanto misterioso de la madama antillana, cuya habilidad para confeccionar dulces era reconocida, sobre todo por los niños de Santurce en las décadas de los treinta y los cuarenta.

Su español chapurreado le daba un aire exótico, ya que hablaba papiamento, creole e inglés. Se indica con esta expresión el deseo de desentenderse de asuntos que resultan conflictivos o embarazosos.

Guanábana es voz taína que nombra una fruta de sabor agradable y refrescante. “Caerse como guanábana madura” (o podrida en vez de madura), significa literalmente, caerse con todo el peso del cuerpo. Según Rubén del Rosario, es también, en sentido figurado, perder una posición alta o perder prestigio rápidamente. “Gotearse como guanábana madura”, con un cambio de verbo, tiene otra connotación: ser víctima de un engaño o rendirse una mujer fácilmente a un hombre.

La voz arahuaca – guayaba – es el nombre de una fruta de gran poder astringente. De ahí el dicho de índole escatológico “ser más duro que un mojón de guayaba”, para aludir a la persona tacaña. “Meter guayabas”, consiste en decir mentiras, por lo que “ser un guayabero” señala al que acostumbra mentir.

Dice don Manuel Álvarez Nazario que guineo: “es palabra de raíces africanas... y aparece en El País, ya en el siglo XVI, bajo la mención compuesta de plátano de Guinea o plátano guineo. Obsérvese que en este sustantivo ocurre un fenómeno paralelo al del sustantivo china, ya comentado. Naranja de la China se apocopa en china y plátano de Guinea, en guineo. “Irse como guineo en boca de vieja”, establece una analogía a partir del fruto maduro, de pulpa blanda y muy suave, que se deslizaría fácilmente en la boca desdentada de una anciana. Una de las muchas variedades antillanas del guineo da origen a otro dicho: “ser un mafafo”, de acentuado matiz despectivo, con el que se menciona a la persona fofa y bobalicona.

“Comer jobs” debe ser de antigua procedencia, cuando los jobs abundaban y los estudiantes de escuelas rurales, escapando de las clases, se dedicaban a labores más divertidas, como la de comer

estos sabrosos frutos, autóctonos de América y de nombre taíno. Los jobs también son el objeto de un símil con el que describe peyorativamente el pelo ensortijado de los negros: “tener el pelo como pepita de jobo”. La abundancia de variantes de este dicho (como mapo de presidio, sobaco de bruja, esponja de fregadero y tantos otros), es indicativa de que, más que el color de la piel, es el pelo lo que determina aquí la consideración de negro o de persona de ascendía negra.

Referido a un campo semántico restringido, el de los automóviles, aparece un dicho tomado del inglés y relativamente reciente: salir limón. No se encuentra registrado en las fuentes consultadas, pero todos conocemos su significado y la frustración que puede suscitar tan “agria” experiencia. Resulta curioso que los nombres de las tres frutas cítricas más conocidas en nuestro medio (la naranja, que llamamos china, la toronja y el limón), son arabismos tomados del persa, según reseña Corominas, que llegaron a la Península en el siglo XV, en el declive de la presencia musulmana en aquellas tierras.

Mamey es el nombre con el que los taínos llamaban a esa fruta “de pulpa aromática”, sabrosa y suave, cuya corteza se quita o pela con facilidad. De estas amables propiedades parten dos fórmulas coloquiales, muy conocidas por los puertorriqueños de distintas generaciones y estratos sociales: “Con la boca es un mamey”, [que] advierte que es más fácil hablar [decirlo] que actuar [hacerlo]; o como diríamos en el español general, “del dicho al hecho hay un gran [largo] trecho”. En esta locución adverbial, mamey se usa en sentido figurado como “algo fácil, suave”. Con esa connotación, ¡Qué mamey!, es una exclamación sarcástica que destaca el escaso esfuerzo con que se hace o se consigue algo.

Coger a alguien de mangó bajito, consiste, como sabemos, en aprovecharse de la ignorancia o de la buena voluntad de una persona. La expresión está

cargada de menosprecio para aquel que resulta fácil de embaucar. Y es que este pueblo valora como virtudes la astucia y el aguzamiento. El verbo coger, palabra tabú en algunos países hispanoamericanos, se emplea aquí muy frecuentemente en la construcción coger de (coger de buenas, coger de malas), y así aparece en el dicho comentando. En cuando a la palabra mangó, Puerto Rico es el único país que lo pronuncia aguda, al modo francés y afrofrancés, igual que mangotín. El resto de los hispanohablantes acogió la pronunciación paroxítona o llana del inglés mango, que se justifica porque esta fruta es originaria de la India, antiguo protectorado de Inglaterra. Del conjunto de dichos frutales, es este, “coger de mangó bajito”, el que más variantes locales ofrece, con la misma estructura sintáctica: algunas muy vulgares y otras más inocentes, como “coger de zuruma”, “coger de zángano”, “coger de mingó”, “coger de chata” y muchísimas más.

En la Isla llamamos a la sandía (otra palabra árabe), “melón de agua” y también “patilla”. La primera denominación es voz patrimonial, es decir, que nos llega del latín. La segunda, “patilla,” casi en desuso, es de etimología oscura. Ser un melón, expresión nacida en el fragor de las contiendas políticas, nombra al independentista que vota por el Partido Popular Democrático [que posteriormente, a través de análisis electorales, se determinó que no son los independentistas, sino los estadistas o militante del Partido Nuevo Progresista o PNP]. La característica cromática de esta fruta representa muy gráficamente la intensión del dicho: el melón es de cáscara verde (color emblemático del Partido Independentista Puertorriqueño o PIP) y de pulpa roja (color representativo del Partido Popular Democrático o PPD). Cuando Victoria “Melo” Muñoz, fue candidata a alcaldesa de San Juan, la denominación cobró fuerza, ya que además de la concomitancia fonética del apodo, el voto independentista se decantó hacia ella, que era popular. Estar más jendío o más rajao que

una patilla [que un melón], en sentido figurado, una borrachera superlativa. Henderse, forma pronominal del verbo hender, cambia su significado de abrirse, rajarse cuando se pronuncia con aspiración de la h inicial. Así, “jenderse” pasa a significar en Puerto Rico “emborracharse”, por lo que del que esta ebrio se dice, coloquialmente, que está “jendío”. Posiblemente pesó en la conciencia popular la idea de que los efectos del alcohol rajan o parten el entendimiento del afectado, que actúa con poca cordura.

El dulce fruto que los indígenas llamaban “ananás”, la piña, es el referente del dicho la “piña esta agria” [no hay piñas], para indicar que las cosas no se presentan como se esperaban. La analogía destila decepción: nada hay más frustrante que encontrar agrio lo que prometía ser delicioso al paladar. Así, la escasez de empleos, la fuerte competencia, la inquietante saturación de algunas profesiones son la razón de ese cotidiano luchar por la supervivencia que parece dar vida a esta expresión portadora de una pesimista visión de la realidad.

La quenepa es una fruta autóctona de América, conocida en otros países con el nombre de “mamón” o “mamoncillo”. De origen tan silvestre surge “ser como la quenepa”, “con poca carne y mucha pepa” para indicar, en un contexto intelectual, que alguien tiene presencia y poca inteligencia.

Los árabes llamaron “tamr hindí”, dátíl índico, a esa fruta asiática de sabor ácido, pero agradable y de propiedades laxantes, que conocemos como tamarindo. Para describir el pelo muy rizado, circulan infinidad de dichos. Entre ellos, tener el pelo “como gorila que chupa tamarindo”, tan gráfico, que no necesita comentarios. “Estar o ir más empaquetado que un andullo” describe al que se acicala en exceso”. El andullo, según Malaret, no es otra cosa que el tamarindo maduro, sin la cáscara, envuelto en hojas secas de plátano. Con el recurso retórico de la dilogía,

se emplean simultáneamente las dos acepciones locales del participio del verbo empaquetarse: formar un paquete y arreglarse exageradamente.

Mención aparte merecen algunos dichos procedentes de frutas que no se cultivan en Borinquen. Así la cereza (del latín *ceresia*), fruta de climas templados, conocida comúnmente con su nombre con su nombre inglés *cherry*, origina diversas expresiones coloquiales. “Comerse la *cherry*” nombra la acción de no detenerse cuando la luz del semáforo esta roja. Resulta curiosa la abundancia de dichos con los verbos comer y comerse, en comparación con el habla general. Quizá revele este variado uso un acentuado grado de sensualidad en los hablantes criollos. Desde Adán hasta nuestros días, la tentación suele tomar la apariencia de una fruta roja, sea manzana o cereza, con las fatales consecuencias que conocemos. “Apuntarse la *cherry*” alude a lo que resulta fácil de hacer o de obtener. El verbo “cheriar”, muy vulgar, dio paso a la expresión callejera “ser una cheriona”, que se decía despectivamente, en el pasado, de la muchacha promiscua. Viva todavía en la memoria de los hablantes de mayor edad permanece la exclamación “cherea, Mapy, chera”, en la que el requiebro casi obsceno, proferido ante el paso de una hermosa mujer, se atenúa graciosamente con el nombre de una conocida actriz puertorriqueña de la década de los cuarenta: Mapy Cortés.

Otra fruta exótica, el higo (*ficus* en latín), se empleó en el pasado para referirse a algo muy bueno. Estar higo podría haberse originado en la costumbre navideña de comer esta fruta seca, considerada un manjar excepcional tanto por su escasez como por su precio.

La uva, de nombre latino, es también un referente ajeno al cultivo de nuestros campos. Sin embargo, aparece, en su estado deshidratado, en otro de los dichos que describen el pelo muy rizado: “tener el pelo pasa”. El Diccionario de la Real Academia

Española, dice que se usa figuradamente pasa “para cada uno de los mechones de cabello cortos, crespos y ensortijados de los negros”. Es innegable que la uva seca, arrugada y de color oscuro se parece a esos mechones. Una variante, “tener un pasurín”, utiliza el diminutivo, que en nada disminuye la intención peyorativa del término.

Como remate de este fragante repertorio, paso a comentar dos dichos que, por razones de homofobia, aparentan referirse a frutas. “Estar uva”, es decir, estar muy bien, excelente, no tiene nada que ver con el dulce fruto de la vid, sino con el criollísimo cultivo del café. El “café uva” es, como dicen los conocedores, el de mejor calidad, el rojo. De allí el matiz laudatorio del dicho. En su Vocabulario de Puerto Rico, Malaret recoge “pedir cacao” con el significado de “darse por vencido”, “implorar misericordia”. El cacao (del nahuatl *cacahuatl*), es un árbol americano cuyas semillas se emplean como principal ingrediente del chocolate. A partir de aquí, podría conjeturarse que la relación entre este referente y la acción de rendirse se establecería por el deseo explícito de saborearse algo agradable y reconfortante después de duros momentos de lucha y esfuerzo. Sin embargo, no es así. En una segunda entrada de la palabra cacao, el Diccionario de la Real Academia [Española] consigna su procedencia onomatopéyica, que reproduce el sonido emitido por el gallo al huir durante una pelea. Luego, se especifica que solo se emplea en la frase “pedir cacao”, común en varios países de Hispanoamérica. Así pues, se trata de una animalización con el propósito de ridiculizar al sujeto, que en este caso, por su cobardía, sería cabalmente la antítesis de nuestro archiconocido “gallito que no se juye”.

La decadencia del siglo ha traído a la Isla una vuelta a lo autóctono y a lo folclórico que interpreto como un acto de reafirmación nacional. Esto se traduce en una especie de efervescencia popularista que ha dado lugar al reavivamiento de manifestaciones culturales,

muchas de las cuales permanecían desconocidas, postergadas o arrinconadas hasta la temporada de la Navidad. El cuatro y la música jibara, los concursos de trovadores, los grupos de bomba y de plena, las variadísimas artesanías que, afortunadamente, van desplazando los anaqueles de los souvenirs hechos en Taiwán o en Hong Kong, las promesas de Reyes, los rosarios de Cruz, el culto a la bandera, llevado en ocasiones o extremos irreverentes. Con la comida, el non plus ultra del regodeo criollo, el panorama es patente, las lechoneras proliferan incluso en el área metropolitana, desde los kioscos playeros a los más escopetados restaurantes y recepciones hoteleras se agotan las frituras y los platos de la cocina tradicional y campesina. En los últimos días hemos visto como una conocida fonda santurcina se convierte en el punto de encuentro de los principales antagonistas políticos del patio. Y no olvidemos que, en los pasillos de los grandes centros comerciales, diminutos ventorrillos, primorosamente decorados, han elevado las golosinas y dulces típicos a la categoría de bocadillos gourmet.

Y la lengua, la expresión más fiel de cada pueblo, vive también este renacer de los propio. Cada día es más perceptible en los periódicos, en la radio, en la televisión, en la literatura, en los estudios lexicográficos, el interés hacia esa fraseología coloquial que, por salir de la entraña misma del pueblo, constituye el componente más definidor del dialecto puertorriqueño. Precisamente el trabajo que hoy leo para ustedes, es producto de esta corriente finisecular, no exclusiva de Puerto Rico, porque se detecta también en España y en otros países, pero que ha tomado aquí una fuerza desmedida, de la que no he podido ni he querido sustraerme.

Hace más de cinco centurias que el español vive en América, no estático, sino como hemos visto, acriollado y nutrido con voces nativas y con giros y modismos que hallaron buen cobijo en el habla recia de Castilla. Quiero concluir mi exposición con el

recuerdo de aquel encuentro ya lejano, que Neruda describe como nadie, en alabanza de nuestra hermosa lengua española:

“[...] Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... salimos ganando... se llevaron el oro y nos dejaron el oro... se lo llevaron todo y nos dejaron todo... nos dejaron las palabras.”

[*] Lección Magistral, Universidad de Puerto Rico en Cayey, 19 de agosto de 1999.

